
Totalitarismo transparente

Gianni Vattimo

No sé por qué, cuando pienso en la transparencia, me viene a la cabeza la palabra rusa *perestroika*, que significa literalmente reconstrucción o reestructuración, como puedo comprobar al consultar la Wikipedia –es decir, uno de los principales órganos de nuestra actual transparencia–, pero no significa transparencia, como tiendo a pensar. Quizás sea porque entre los valores básicos de la reconstrucción de Gorbachov (¿del comunismo? ¿de la URSS?) se encontraba precisamente una nueva libertad de información, y, por tanto, un cierto tipo de transparencia del poder, de la política y de las relaciones sociales. En cualquier caso, en mi cabeza, y quizás en la de muchos, el término transparencia se asocia a algo pasado, a una época que era nuestra y ya no lo es, que suscita cierta memoria nostálgica, como los buenos viejos tiempos de los abuelos o de las tías, es decir, como una ilusión juvenil. Y es que nadie cree ya en la transparencia, ni siquiera los que –como hizo en 1989 quien esto escribe– le otorgaban un carácter constitutivo

de la naciente edad postmoderna, aunque estuviera repleto de contradicciones. De hecho, yo mismo, cuando titulaba un afortunado y pequeño libro *La Sociedad Transparente*, entendía el término en un sentido en parte irónico. La transparencia me parecía que anunciaba una sociedad babélica –el saber todo de todos equivale en el fondo a no saber nada, por lo menos con total seguridad– y por tanto, un mundo como el que piensa Nietzsche cuando habla de la completa realización del nihilismo, donde el fin de los valores supremos, y por tanto de los significados dominantes, nos obliga a cada uno de nosotros a convertirnos en un *Übermensch*, en un intérprete original, o a perecer. Para mí, en ese momento era como decir que cuando por fin desaparece toda verdad suprema es posible amar al prójimo, al que está cerca de mí, pues ya no se puede decir, *amicus Plato sed magis amica veritas* *, porque a nuestro alrededor hay tantos *Platones* que merecen el máximo respeto, y no una jerarquía metafísica que les coloque en segundo plano, haciéndoles dependientes del mayor o menor grado de verdad. En definitiva, una transparencia autocontradictoria era el alma del sueño postmoderno. Si entretanto quisiéramos buscar la explicación de por qué ese sueño parece hoy *ausgeträumt*, acabado y disuelto, deberíamos recordar que llegó la guerra al terrorismo inventada por los EE.UU. tras el 11 de septiembre (¿cuánto hay inventado también en esto?) y, por tanto, el conjunto de políticas de seguridad que ya nos han vuelto tan transparentes que siquiera podemos crear ninguna confusión, ninguna Babel: los motores de búsqueda ponen en orden la masa de datos de principio a fin. Parece ya impensable cualquier libertad surgida de la incertidumbre y de la confusión. Precisamente, en las últimas semanas ha visto la luz el así llamado *Datagate* (derivado del famoso *Watergate* que acabó con Nixon), en cuyo centro se encuentra la NSA, la *National*

* Platón es mi amigo, pero la verdad lo es más. (N. DEL T.)

Security Agency, que como podemos leer en los periódicos (son datos que ciertamente se irán actualizando con el paso del tiempo), controla tres mil millones de llamadas telefónicas de media cada día, mediante un programa que se llama «Prism». Por ahora dicen que el control se limita a establecer los números que llaman y son llamados, sin escucha ni grabación de los contenidos. Pero ¿alguien les cree? Por otro lado, habiendo trabajado hace años en una comisión del Parlamento Europeo encargada de estudiar Echelon, un megasistema global de interceptación de llamadas telefónicas y mensajes electrónicos, realizado conjuntamente por EE.UU., Canadá, Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda, estos datos no me sorprenden, pues con ocasión de aquel estudio, tuve la oportunidad de conocer las cifras aproximadas de gasto que, oficialmente, el gobierno de los EE.UU. dedica al sostenimiento de los servicios de inteligencia. No recuerdo la cifra, pero era un despropósito en comparación con lo que costaría mantener los servicios y agencias oficialmente citadas.

El sueño postmoderno, en su forma más elemental, se reducía al enésimo equívoco de determinismo tecnológico. Era como tomarse demasiado en serio una tesis «marxiana», según la cual las transformaciones de los modos de producción implican, más o menos necesariamente, el cambio de las relaciones de producción. Tratábamos con informaciones que circulan en la red, que por su infiltración parecían capaces de escapar a toda posibilidad de control, frustrando también el dominio de los patrones de las redes, de la policía y las centrales de espionaje. Quizás deberíamos pensar que el sueño postmoderno era una ilusión típicamente «moderna», como la del hombre de la gran ciudad (estamos pensando en el ensayo de Simmel sobre la metrópolis y la vida moral), que cree poder escapar de la moral patriarcal y del familismo de la ética rural en virtud de la dimensión metropolitana donde se halla inmerso. Ahora es apropiada la apelación a la dialéctica marxiana

entre modos y relaciones de producción porque evoca la dimensión *geschichts-philosophisch* de la cuestión en su totalidad. Por tanto, ¿hasta qué punto se puede aplicar esta dialéctica a una producción que no tiene nada que ver con la materia física modificable, que no se parece en nada, digamos, al trabajo de la fábrica o artesanal, sino que consiste en recoger, organizar y distribuir «noticias»?

Esta diferencia innegable explica el por qué de la ilusión postmoderna, el «ingenuo» determinismo que la inspiraba: encontrándonos en el terreno inmaterial de las noticias, hablando de una producción que utiliza «máquinas» tan peculiares como los ordenadores, y que trabaja con «objetos» como los bit, no resultaba inverosímil esperar que las relaciones tradicionales de propiedad y dominación pudieran también acabar modificándose de manera radical.

Sin embargo, las novedades de la tecnología se implantan siempre sobre un tejido históricamente persistente, ya dotado con sus propias estructuras –culturales, morales, jurídicas–, que no cambian de golpe. Algunas expectativas de la postmodernidad siguen presentes hoy en día, por ejemplo, en la aparente inadaptación de las leyes sobre derechos de autor a la circulación de contenidos de todo tipo en la red. Más aún que en el caso de la primera imagen de la Babel postmoderna, es lícito esperar que, vista la novedad del medio, que permite la circulación de música, textos, películas, e incluso fórmulas científicas protegidas por las patentes sin pagar los derechos previstos por las leyes en vigor, estas leyes deban cambiarse antes o después, permitiendo un nuevo paso en la dirección de una sociedad no dominada por el principio de la propiedad.

Reflexiones como esta, que podrían sonarnos a autocrítica del pensamiento postmoderno, sin tomar en cuenta ahora todos los eventos que nos separan del momento en el que cultivábamos aquellas expectativas, muestran en concreto lo que algún autor ha denominado «el retorno de la historia», que ha vuelto banales

las teorías del fin de la historia fundadas sobre la ilusión de que la victoria de la democracia liberal en gran parte del mundo (y la probabilidad de que por las buenas o por las malas, el así llamado «mundo libre» la habría instaurado rápidamente en el resto del planeta), acabaría con las guerras y luchas de todo tipo, reduciendo la política a un asunto de pura administración. Téngase en cuenta además, que esta expectativa del fin de la historia y de los contrastes políticos es precisamente lo que el imperialismo internacional siempre ha intentado realizar a través de las diferentes formas de integración y globalización: así lo muestran las vicisitudes de los gobiernos «técnicos», como el italiano de los últimos tiempos (nacido en 2011, que aún continúa en 2013, con otro nombre pero con la misma «neutralidad») o como aquellos gobiernos «políticos», solo formalmente, de otros países de la Unión Europea, obligados a la cesión de su soberanía a bancos y fondos monetarios internacionales. Una reflexión sobre el destino de la «transparencia» y del sueño postmoderno resulta particularmente actual porque es una cuestión que precisamente, lejos de plantear una dimensión exclusivamente teórica, concierne intensamente a la política y, por decirlo de una vez por todas, a las oportunidades de libertad en el mundo actual. Es cierto que una reflexión así no conduce demasiado lejos de lo que ya sabíamos: que la transparencia total que nos prometía la nueva tecnología –gracias a la cual se podía pensar que estábamos verdaderamente en un mundo donde «el sentido de la historia» estuviera destinado a convertirse finalmente en comprensible, de modo inmediato, para los que la realizan (que sería el fin de la alienación según el Sartre de la *Crítica de la Razón Dialéctica*)–, no puede instaurarse sin ajustar cuentas con las relaciones de poder ya existentes, y por tanto, justamente, con la opacidad históricamente vigente.

De acuerdo. Pero la novedad con la que nos hemos encontrado al ajustar cuentas no era solamente esta paradójica (y también an-

tigua) heterogénesis de los fines, es decir, el fracaso y la caída de la transparencia (posible) en una nueva forma de dominio. Había dos elementos originales: la aparente inevitabilidad de este fracaso –que era como decir que las cosas no podían ir de otro modo– y la manifestación del hecho de que este fracaso está conectado con la globalidad del proceso. En efecto, en un mundo donde la tecnología, y en general, la economía, se integraban hasta el punto de que no debía tolerarse, ni desarrollarse libremente, ningún movimiento o transformación, incluso si se mantenía en la periferia, la transparencia prometida por la tecnología no podía convertirse en nada más que en cultura del control intensificado.

¿Estamos entonces replanteando la vieja idea de Rousseau, según la cual solamente las repúblicas de dimensiones limitadas pueden ser verdaderamente democráticas? ¿O también, mas próxima a nosotros, la idea de Adorno, para quien en el momento en el que el «todo», ese «todo» que para Hegel debía ser «lo verdadero», se vuelve real (en la globalización siempre más iluminada), acaba mostrándose como lo falso? Lo que sabemos por ahora, o creemos saber (¿estará engañándonos de nuevo el genio maligno de Descartes?) es que, en realidad, aunque esperábamos que la transparencia tuviera al menos una naturaleza ambigua, con la posibilidad de una liberación «babélica», no es así de ningún modo. Orgánicamente conectada con la globalización, la transparencia se ha convertido en un aspecto del dominio del «todo» que ya no es lo verdadero, sino más bien su contrario.

Quizás no en el sentido radical de Rousseau, pero en un sentido conscientemente an-árquico, sin *archè*, lo que podemos hacer para defendernos de este totalitarismo es obstaculizar la globalización de todas las maneras posibles, o lo que es lo mismo, realizar un cierto tipo de política «hermenéutica». Pero ¿interpretar no significa precisamente hacer transparente el significado? Esto es lo que sería en el fondo un «desciframiento» de tipo hegeliano. Es mejor

pensar en la libertad de interpretación de las *Escrituras*, de donde surgieron infinitas sectas, herejías y formas de espiritualidad. Si todavía se puede «hablar de los árboles», como decía Brecht, queremos que «florezcan cien flores» fuera de los invernaderos del capitalismo globalizado.

G. V.

Traducción: *Javier Fernández Catalán*.